

## Capítulo 1

*El solitario paseo del conde de Surrey por Home Park.  
De la visión que tuvo en la cañada encantada. Y de  
su encuentro con Morgan Fenwolf, el guardabosques,  
bajo el roble de Herne*

El 21 de abril de 1529, vigésimo año del reinado del grande y poderoso Enrique VIII, en uno de los atardeceres más bellos que se vieran en la demarcación más encantadora de Inglaterra, un joven elegante, con aspecto de paje, paseaba por la terraza de la muralla de la parte norte del castillo de Windsor y contemplaba el magnífico paisaje. A mano derecha se encontraba Home Park, con antiquísimos robles de los que Inglaterra se sentía orgullosa, espinos quizá más antiguos que los robles, extensos matorrales, altos olmos y acebos. La hermosa disposición de los árboles era extremadamente artística. En un claro cubierto de césped se elevaba un magnífico roble y bajo sus ramas pacía una manada de ciervos. Al lado podía verse un intrincado zarzal, madriguera de los conejos, y se extendía una tupida arboleda en la que no penetraban los rayos del sol. En la misma zona, por la disposición de los robles, se había formado una larga avenida natural por la que cruzaban libremente los ciervos. No faltaban figuras humanas para dar más interés a la escena. A lo lejos se veían dos guardabosques, cada uno con un par de mastines, cuyos ladridos resonaban en el bosque. Por el camino que conducía al castillo caminaba un grupo de halconeros con sus bien adiestradas aves en la mano, y se oía el campanilleo de sus cascabeles, y, al pie del muro de la terraza, un trovador tocaba su rabel, cuya música escuchaba un guarda con el uniforme verde Lincoln, con un arco al hombro, una aljaba llena de flechas a su espalda y una gentil damisela cogida de la mano.

A la izquierda, la vista era diferente, pero no menos bella. La formaba la ciudad de Windsor que, aunque de menor tamaño, era más pintoresca, integrada, casi en su totalidad, por una larga

hilera de casas humildes, negras y blancas, con altos gabletes y pisos salientes, que bordeaban los lados oeste y sur del castillo por el río de aguas plateadas, cuyo curso se divisaba a lo largo de muchas millas, y reflejaba los mortecinos colores del cielo, y por el venerable colegio de Eton, circundado por una arboleda y una vasta extensión de campos de cultivo y bosques, aldeas, iglesias, edificios antiguos, monasterios y abadías.

El joven que hemos mencionado sacó del bolsillo unos papeles, reflexionó unos segundos y escribió unas líneas. No tendría más de quince años, quizá menos, pero no es aventurado predecir que se convertirá en un hombre vigoroso, pues era alto, bien desarrollado, y sus extremidades, ágiles y proporcionadas. Su aspecto mostraba madurez e inteligencia; su frente, ancha y tersa, estaba sombreada por multitud de rizos castaños; la nariz era larga, recta y bien formada; su boca, carnosa y sensual, y la barbilla, puntiaguda. Sus ojos, grandes y oscuros, tenían una expresión melancólica, y su tez el rico, nítido y bronceado tinte que se encuentra en Italia y España, y es raro en un natural de nuestro clima. Su vestimenta, aunque elegante, era sobria; consistía en una casaca de satén negro con ribetes de oro veneciano, medias bordadas del mismo material, camisa con curiosos bordados de seda negra sujetada en el cuello con broches del mismo color, manto de terciopelo negro con adornos de oro y ribetes de satén carmesí, borceguís de terciopelo negro, y un holgado gorro del mismo material. Llevaba armas, un estoque y una daga, ambos con empuñaduras y adornos de oro y vainas de terciopelo negro. Mientras paseaba, oía el murmullo de las voces que cantaban vísperas en la capilla de San Jorge. Se abrió una puerta de las habitaciones privadas del rey, y de ella salió un hombre de aspecto marcial que se dirigió hacia él. Su rostro era ancho y bronceado, ensombrecido por una espesa barba, negra como el carbón, cortada a la moda de la época, con unos enormes bigotes. Llevaba una cota de malla que despedía reflejos del interior de los pliegues de la capa bermeja y un casco de acero; debajo de la capa sobresalía una larga espada. Cuando se halló a unos pasos del joven, se anunció tosiendo fuertemente, pues este, de espaldas, no se había percatado de su presencia.

—Así que componiendo un himno para vísperas, ¿verdad, señor de Surrey? —exclamó riendo, y el joven se metió apresuradamente los papeles en el bolsillo—. Haréis la competencia a

maese Skelton,\* el poeta laureado, y a su amigo sir Thomas Wyatt† en poco tiempo, pero dígnese vuestra señoría dejar un momento la compañía de las celestiales musas y tocar tierra, para que pueda informarle de que, en vuestro nombre, he dado las instrucciones para la fiesta que su majestad dará mañana.

—Supongo que no habréis olvidado ordenar al capitán Bouchier el arreglo de las habitaciones en las que debe hospedarse mi encantadora prima, la señora Ana —preguntó el conde de Surrey, con una significativa sonrisa.

—Os aseguro que no, señor —contestó el otro con una sonrisa—. Estará alojada tan suntuosamente como la misma reina de Inglaterra, porque le destinamos sus propias habitaciones.

—Perfecto —dijo el conde de Surrey—. ¿Y habéis tomado las necesarias disposiciones para recibir al enviado del papa, el cardenal Campeggio?

Bouchier hizo una reverencia.

—¿Y respecto al cardenal Wolsey? —preguntó.

El capitán hizo una nueva reverencia.

—Para ahorrar a vuestra señoría más preguntas —dijo—, os diré en pocas palabras que todo ha sido llevado a cabo como si lo hubieseis hecho vos mismo.

—Sed un poco más concreto, capitán. Os ruego que me deis detalles —apremió Surrey.

—Con mucho gusto, señor —contestó Bouchier—. En nombre de vuestra señoría, pues, como vicechambelán, con cuya autoridad me he presentado, he reunido al deán y a los canónigos del cabildo de San Jorge, al noble ujier del Bastón Negro, al gobernador de los caballeros limosneros y a los oficiales de la Casa Real, y en un bello discurso (que me enorgullecería que se asemejara al que habría pronunciado vuestra señoría con sus conocimientos poéticos) les he dicho que el rey, que se encuentra en Hampton Court con los cardenales Wolsey y Campeggio, discutiendo el divorcio de la reina Catalina de Aragón, se propone celebrar la gran fiesta de la nobilísima Orden de la Jarretera en su

\* John Skelton (1460-1529), poeta satírico inglés. (*Todas las notas son del traductor.*)

† Thomas Wyatt (1503-1542), poeta y diplomático inglés. Sus versos, en los que se deja sentir la triple influencia francesa, italiana y castellana, fueron publicados en la *Tottel's Miscellany*, con otras poesías de poetas contemporáneos, entre ellos Surrey, Grimald, Baux...

castillo de Windsor, el día de San Jorge, pasado mañana, y, por consiguiente, es soberano deseo que la capilla de San Jorge esté adornada con las mejores galas, que en el altar mayor se ponga el tapiz que representa al santo patrón de la Orden montado a caballo y se decore con las más valiosas imágenes y ornamentos de oro y plata, que la tribuna real y los sitiales de los caballeros de la Orden estén guarnecidos con ricas telas y los respectivos escudos de armas en los respaldos de los sillones, y todo dispuesto a la hora tercia (*hora tertia vespertina*, como se dice en la ordenanza del rey), en cuyo momento empezará la fiesta.

—Tomad aliento un momento, capitán —dijo, riendo, el conde.

—No es necesario —contestó Bouchier—. Además, he dado la orden procedente de lord chambelán para que el ujier del Bastón Negro amueblara y arreglara convenientemente el salón de San Jorge, tanto para el banquete de mañana como para la gran fiesta de pasado mañana, y he ordenado al deán y a los canónigos del cabildo, a los limosneros y a los demás oficiales de la Orden que estén preparados para dicha fiesta. Y ahora, tras cumplir con mi deber, o, mejor, con el de vuestra señoría, tengo la satisfacción de resignar mi cargo de vicechambelán para volver a ocupar el de simple caballero, y volver a Hampton Court, donde estaré a vuestra disposición a vuestro regreso.

—Lo cual no será, por lo menos, hasta dentro de una hora —respondió el conde—, porque tengo intención de dar un solitario paseo por Home Park.

—Para buscar, supongo, inspiración para alguna poesía, o quizá para meditar sobre los encantos de la Bella Geraldina, ¿verdad, señor? —contestó Bouchier—. Pero no quiero ser indiscreto. Solo me permito rogaros que tengáis cuidado de no acercaros al roble de Herne. Se dice que el demonio corre por allí al anochecer y amedrenta a los que se cruzan en su camino, e incluso los agrede. Al toque de queda tendré que salir del castillo y trasladarme con vuestros servidores al local de la Jarretera, en Thames Street, donde esperaremos vuestra llegada. Si estamos en Hampton Court hacia medianoche, tendremos tiempo suficiente, y, como la luna saldrá en una hora, el camino será muy agradable.

—Saludad de mi parte a Bryan Bowntance, el buen hospedero de la Jarretera —dijo el conde—, y decidle que os proporcione una botella de su mejor licor para que bebáis a mi salud.

—No os apuréis —contestó el otro—. Por mi parte, ruego a vuestra señoría que no eche en olvido mi advertencia sobre Herne el Cazador. No soy supersticioso, pero he oído contar cosas muy raras sobre las apariciones de este personaje, y no me aventuraría a acercarme al árbol después del anochecer.\*

El conde se echó a reír con cierto escepticismo, pero el capitán reiteró sus advertencias antes de despedirse. Este volvió por donde había venido, y Surrey prosiguió hacia un puentecillo levadizo que cruzaba el foso por la parte oriental del castillo que comunicaba con el pequeño parque. Al pasar el puente levadizo le dio el alto un centinela; pronunció el santo y seña, pasó libremente y siguió hasta el portal que daba al parque.

Paseó por el blando y tierno césped, con una pisada tan ligera y silenciosa como la de un cervatillo, hasta llegar a una honorable haya, al extremo de la arboleda.

En este lugar hizo un alto para contemplar el castillo. Detrás de este se había puesto el sol, lo que dilataba el imponente aspecto del edificio y doraba la hilera de torres y murallas reconstruidas, conocidas con los nombres de la torre Brunswick, la torre Chester, la torre Clarence y la torre Victoria, ahora rosadas por los últimos rayos del sol.

El joven conde se sentó al pie del haya, donde se entregó a sus ensueños poéticos un rato, hasta que decidió regresar y, en pocos minutos, la parte del castillo que había contemplado quedó a sus espaldas. La escena que ahora se le ofrecía comprendía las dos fortificaciones recientemente reformadas para dejar sitio a las torres de York y de Lancaster, entre las que había una puerta a la que se accedía por un puente levadizo a la torre del rey de armas, que ahora lleva el nombre del monarca en cuyo reinado había sido erigida, Eduardo III, a la residencia del ujier del Bastón Negro, a la torre del lugarteniente, actualmente torre de Enrique III, a la línea de murallas fortificadas, que constituían los alojamientos de los caballeros limosneros, a la torre ocupada por el gobernador de dichos caballeros y su funcionario, a la puerta de Enrique VIII y,

\* En la tradición popular inglesa, Herne el Cazador era un antiguo guardabosques de Windsor de quien se creía que a medianoche se paseaba, como un espíritu maligno, alrededor de un viejo roble que llevaba su nombre. Esta tradición aparece en *Las alegres comadres de Windsor*, de Shakespeare, y el presente libro la explica con detalle.

por último, a la torre del canciller de la Jarretera. Un leve tinte rosado coloreaba los pináculos de la capilla de San Jorge, detrás de las torres mencionadas; con esta única excepción, la totalidad de la imponente construcción era fría y gris.

El capitán Bouchier y sus acompañantes salían en aquel momento por la puerta superior, antes del toque de queda, en cuyo instante el puente levadizo se levantó y los jinetes desaparecieron. Todo quedó en silencio, salvo por el rítmico paso de los centinelas, que resonaba en la profunda quietud.

El joven conde no hizo el menor esfuerzo por reunirse con el grupo de Bouchier; contempló el antiguo edificio hasta que palideció en la oscuridad y, con paso decidido, se metió por un sendero que cruzaba el parque, en dirección al puente Datchet, y se adentró en lo profundo del bosque. Debido a la espesura del follaje y las grandes ramas de los árboles, la oscuridad era casi impenetrable, y a duras penas se veía a un metro de distancia. Aun así, no vaciló en sus pasos, y siguió avanzando con una sensación placentera por las dificultades con las que tropezaba. De repente, le sorprendió una fosforescente luz azul que brillaba entre los zarzales, a su izquierda, al pie de un roble enorme, cuyas gigantescas raíces surgían como retorcidas serpientes, y vio algo de aspecto fantasmal, pero de apariencia humana. Llevaba el torso cubierto con pieles de ciervo y un casco formado por un cráneo de ciervo del que emergían dos grandes astas que protegían la cabeza; de su brazo izquierdo colgaba una pesada y mohosa cadena en cuyos anillos ardía un fuego fosforescente, y en la muñeca derecha llevaba posado un búho de enormes proporciones, con las plumas erizadas, cuyos ojos despedían una luz rojiza.

Impresionado por la aparición, el joven conde creía estar en presencia de algo sobrenatural y, a pesar de su carácter valeroso, apenas pudo reprimir un grito de miedo. Mientras se santiguaba y pronunciaba con fervor una oración contra los malos espíritus, la luz y la figura espectral desaparecieron, y en el lugar se oyó el tintineo de la cadena, el chillido del búho, una horripilante carcajada, unos terribles sollozos, hasta que todo quedó en silencio.

El joven conde permaneció inmóvil unos instantes, hipnotizado, y, en cuanto se aseguró de que el espíritu se había desvanecido, se apresuró a salir del matorral. En ese momento apareció la luna llena, que iluminó y llenó de calma y belleza la naturaleza

que le rodeaba, lo que produjo un magnífico contraste con la terrorífica visión que había presenciado. Antes de aligerar el paso y abandonar el lugar, miró rápidamente, con temor, el valle encantado, y un enorme, brillante y solitario roble, a poca distancia, atrajo su atención.

Era precisamente el árbol relacionado con la leyenda de Herne el Cazador, al que el capitán Bouchier había aconsejado que no se acercara, y recordó la advertencia. Detrás del árbol percibió una figura, que al principio creyó que podía ser el cazador fantasma, pero su temor se desvaneció cuando la persona dio un grito al acercarse.

Aliviado al ver que debía entendedérselas con un ser de este mundo, Surrey comprobó que el motivo de su alarma era un joven de proporciones verdaderamente atléticas y, a juzgar por su aspecto, se trataba de un guardabosques.

Vestía un justillo de tela verde Lincoln con la insignia real bordada en plata sobre el pecho, y la cabeza protegida por una gorra plana de tela verde adornada con una pluma de faisán. Bajo el brazo derecho llevaba un arco, de su tahalí colgaba un largo cuerno con la punta plateada y en el cinto se veía un cuchillo de montaña. Los rasgos de su rostro eran duros y acentuados, con cejas negras y pobladas, boca ancha y ordinaria, y ojos oscuros, de siniestra y maligna expresión.

Le acompañaba un enorme mastín de aspecto salvaje, al que daba el nombre de Bawsey, cuya fiereza tuvo que contener al aproximarse Surrey.

—¿Habéis visto algo, señor? —preguntó al conde.

—He visto a Herne el Cazador, o algo que se le parecía muchísimo —contestó Surrey.

Y, con pocas palabras, explicó la visión que había tenido.

—Sí, sí, habéis visto al diablo cazador, sin duda —contestó el guardabosques cuando terminó el relato—. Yo no he visto la luz, ni oído la carcajada ni los sollozos de que habláis, pero Bawsey se acurrucó a mis pies y gañía, por lo que adiviné que algo malo ocurría en los alrededores. ¡Dios nos ayude! —exclamó mientras el mastín se agachaba a sus pies y dirigía la mirada al roble, con un lastimero quejido—. Algo vuelve a presentir este animal.

El conde esperaba presenciar algo así como el tronco del árbol despanzurrado y el fantasma del cazador saliendo de él. Pero no

vio nada, él al menos no lo vio, porque, a juzgar por el temblor que agitaba los miembros del guardabosques, por su mirada fija y su angustiado rostro, contemplaba algo que le aterrorizaba.

—¿No lo veis, señor? —dijo este, al fin, con voz temblorosa—, está dando vueltas al árbol y pegándole fuego. ¡Oh! Ahora se dirige hacia nosotros... ¿No lo veis?

—No —contestó Surrey—. Pero no nos detengamos aquí.

Y, mientras decía esto, cogió del brazo al guardabosques, a quien el contacto le hizo volver en sí, pues soltó una exclamación de temor y empezó a andar hacia el parque, seguido por Bawsey, con la cola entre las patas. No se detuvieron hasta dejar el roble encantado a una considerable distancia.

—Así pues, ¿no le habéis visto? —dijo el guardabosques, agotado, mientras se enjugaba las espesas gotas de sudor que perlaban su frente.

—No —contestó Surrey.

—Es muy raro —replicó el otro—. Yo le había visto en otras ocasiones, pero nunca como se ha aparecido esta noche.

—Vos sois el guardabosques, ¿verdad, amigo? —preguntó Surrey—. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Morgan Fenwolf —contestó el guardabosques—. ¿Y vos?

—Soy el conde de Surrey —replicó el joven noble.

—¡Cómo! —exclamó Fenwolf mientras hacía una reverencia—. ¡El hijo de su gracia, el señor de Norfolk!

El conde asintió con la cabeza.

—Así pues, vos debéis de ser el joven noble a quien veía con el hijo del rey, el duque de Richmond, hace tres o cuatro años, en el castillo —dijo el guardabosques—. Habéis crecido tanto que no os reconocía.

—No es de extrañar —contestó el conde—. He estado en Oxford, y hace poco terminé mis estudios. Es la primera vez que estoy en Windsor desde la época de la que vos habláis.

—He oído decir que también estaba en Oxford el duque de Richmond —observó Fenwolf.

—Estábamos en el Cardinal College juntos —contestó Surrey—. Pero los estudios del duque terminaron antes que los míos. Él me lleva tres años.

—Supongo que vuestra señoría volverá ahora al castillo —dijo Fenwolf.

—No —contestó Surrey—. Mis acompañantes me esperan en el local de la Jarretera, y, si queréis acompañarme, os obsequiaré con una jarra de buena cerveza para que se os pase el miedo de esta noche.

Fenwolf aceptó muy agradecido, y ambos se pusieron en marcha en silencio, cada uno absorto, recordando la visión de la que habían sido testigos. De este modo descendieron la colina hasta la puerta de Enrique VIII y penetraron en Thames Street.